

dijo el presidente, ha tenido el singular destino de excitar, así en sus primeros como en sus últimos días, las desconfianzas y las injusticias de los partidos extremos. Quizá hoy sientan su desaparición los que la atacaron al principio, y los que más la atacan ahora son los que con más ardor y esperanza la anhelaban entonces. Es la suerte de todos los poderes moderadores...» Marrast recordó luego, no sin dignidad, la obra de la Constituyente, su deseo de fundar la República, su celo por el orden y la libertad, las reformas por ella realizadas y las reformas, mucho más numerosas, iniciadas por ella. Condénó, en medio de los aplausos de la derecha, esas soberbias teorías «que encierran más decepciones que promesas.» Al oír este lenguaje, al ver por última vez en el sillón presidencial á un hombre cuyas canas y arrugas parecían revelar desilusiones, al escuchar el supremo testimonio de justicia que los hombres de Febrero se rendían á sí mismos antes de retirarse, la Asamblea recordó las escenas entusiastas del año precedente, y tal abandono después de tal favor impresionó á todo el mundo. Y la emoción aumentó cuando Marrast, aludiendo á la guerra civil de Junio, saludó con un postrer homenaje á los representantes muertos en la lucha. Y aumentó aún más cuando, con una insistencia que respondía á los presentimientos de muchos, el presidente añadió: «Hago en vuestro nombre los votos más fervientes porque la ley suprema de la Constitución inspire á todos los partidos el respeto. ¡Ay del que intente violarla!.. Tengamos fe unos y otros en los destinos de la República... Que la sensatez de nuestros sucesores venga á reparar las faltas, errores y dolorosas necesidades que haya podido haber en nuestra laboriosa carrera. ¡Ojalá puedan librarse de las pasiones violentas y de los funestos impulsos!» Dos días después, el 28, Marrast, acompañado de los vicepresidentes y secretarios, quiso recibir en uno de los salones del palacio Borbón á la mesa interina de la nueva Asamblea, á fin de dejar bien sentado que no podía haber intermitencia en el poder legislativo. Antes de entregar la autoridad á sus sucesores, renovó en breves palabras, impregnadas de tristeza, los votos ya formulados dos días antes: «¡Ojalá, más afortunados que nosotros, les dijo, podáis evitar los horrores de la guerra civil!»

Así acabó la Asamblea constituyente. De esta Asamblea la historia dirá que fué leal en sus intenciones, desinteresada en sus miras, valiente el 15 de mayo en frente de la anarquía y firme durante la insurrección de Junio. Añadirá, sin embargo, que, llamada á votar la Constitución, cometió la doble falta de rechazar el sistema de las dos Cámaras y de convertir al jefe del Estado, no en un auxiliar, sino en un competidor fatal del poder legislativo. Le reprochará sobre todo el no haber sabido concluir con dignidad. Sucede con los cuerpos políticos lo mismo que con las personas: se les juzga principalmente por sus últimos momentos; por esto conviene que estos últimos momentos sean irreprochables. La Constituyente no tuvo esta suprema sensatez. Dió, al fin de su carrera, un espectáculo que regocijó á sus adversarios y desalentó á sus amigos. Semejante conducta sería imperdonable, si no hubiera sido más que el despecho del poder perdido. En muchos representantes obedecía al sentimiento de dejar á la República bajo la custodia de un príncipe cuyos designios se adivinaban. Es esta la sola excusa de los arrebatos que acabamos de referir.

La Asamblea legislativa sucedió sin interrupción á la Constituyente. Manifestó desde luego sus disposiciones nombrando presidente al Sr. Dupin, ex consejero de la monarquía derrocada. El príncipe, para tranquilizar al partido radical, modificó su ministerio. Los Sres. Tocqueville, Dufaure y Lanjuinais recibieron respectivamente las carteras de Negocios extranjeros, Interior y Agricultura, en substitución de los Sres. Drouyn de Lhuys, Faucher y Buffet. A pesar de esta satisfacción dada al partido constitucional, era evidente que el gobierno iba á pertenecer en adelante á la derecha. Este cambio había de producir dos consecuencias opuestas. Por una parte, el partido demagógico, no teniendo ya nada que esperar por las vías legales, resolvió acudir á las armas: *de ahí la insurrección del 13 de junio*. Por otra parte, la mayoría parlamentaria, no teniendo ya contemplaciones que guardar, resolvió empujar hacia un desenlace decisivo la intervención en los Estados pontificios: *de ahí el sitio de Roma*. Estos dos acontecimientos, uno de orden interior y el otro de orden exterior, pero estrechamente unidos entre sí, son los que tenemos el deber de relatar.

LIBRO DÉCIMOCUARTO

EL MOTÍN DEL 13 DE JUNIO Y LA EXPEDICIÓN DE ROMA

- SUMARIO: I.—Orden de reanudar las hostilidades contra Roma.—Ejército francés; sus fuerzas, posición que ocupa, espíritu que le anima.—Ejército romano; su fuerza numérica y sus disposiciones morales, guardia cívica, antiguos cuerpos pontificios, tropas de origen extranjero; plano y descripción de Roma; sus fortificaciones; de qué manera son utilizadas por los sitiados.—Elección del punto de ataque; el general Vaillant se decide á atacar por el Janículo: motivos de esta determinación.—Combate del 3 de junio: toma de la *villa Pamphili*, del convento de San Pancracio y de las *villas* Valentini y Corsini; resultado y pérdidas de la jornada.—Consecuencias que tuvo en Francia la jornada del 3 de junio.
- II.—Disposiciones del partido demagógico desde las elecciones del 13 de mayo: comité de los Veinticinco; comité de la Prensa; diputados de la Montaña; concurso esperado de los electores de Ledru-Rollin, de la guardia nacional y del ejército.—Recíbese la noticia de la ruptura de hostilidades contra Roma.—Pretexto para el motín: lenguaje de los clubs y de los periódicos; conciliábulos diversos.—Sesión del 11 de junio; interpelación sobre los asuntos de Roma; Ledru-Rollin: *la Constitución debe defenderse hasta por medio de las armas*: emoción de la Asamblea; orden del día.—Jornada del 12 de junio: mensajes; periódicos; disposiciones de los representantes de la Montaña; negativa referente á la comunicación de documentos y al procesamiento del ministerio; reunión en la redacción de *La Democracia pacífica* y en el picadero Pellier; llamamiento á las armas; preparativos de motín para el día siguiente.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Jornada del 13 de junio; grupos en las cercanías del Château-d'Eau; lenguaje de los facciosos; Lacrosse; los manifestantes se ponen en marcha á las doce del día; orden del cortejo: el sargento Terré; indiferencia del público. Medidas tomadas por el general Changarnier: columna de tropas dirigida hacia el bulevar, corta la manifestación á la altura de la calle de la Paix y la dispersa á derecha é izquierda.—Mientras tanto, los representantes de la extrema izquierda se reúnen en la calle del Hasard y acuerdan ir al Conservatorio de Artes y Oficios; Guinard y la legión de artillería; llegada al Conservatorio; Pouillet; los representantes de la Montaña en el antiguo anfiteatro; el Conservatorio puesto en estado de defensa; confusión é irresolución. Llegada de la fuerza pública. Huída de los representantes y de sus defensores: actitud de Guinard; pesquisas en el Conservatorio: el orden es restablecido en todas partes.—Sentimientos de la población y de la Asamblea: discurso memorable de Cavaignac; devastaciones en las oficinas de algunos periódicos radicales.
- IV.—Repercusión en los departamentos: Estrasburgo, Tolosa y Perpignán; extraña agitación en el Allier.—En Lyon estalla una verdadera insurrección: disposiciones de los ánimos en esta ciudad desde 1848; jornada del 14 de junio; el 15, barricadas en la Croix-Rousse; combate sangriento; represión completa del motín.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—La opinión pública se pronuncia con energía contra los promovedores de desórdenes; medidas tomadas por la Asamblea y por el gobierno; elecciones complementarias favorables á la causa del orden.—Ley de imprenta: Thiers; Montalembert; voto de la ley; sus principales disposiciones.—Rumores de golpe de Estado; son desmentidos por el discurso del presidente de la República en Ham y por el discurso de Dufaure.—Prórroga de la Asamblea: el país parece más tranquilo, al menos en la superficie.
- VI (*Extracto del texto de La Gorce*).—Continuación de las operaciones contra Roma: la trinchera; primeras baterías de brecha; reconocimientos en la campaña romana.—Llegada del Sr. de Corcelles; su espíritu; su lenguaje.—Ultima intimación á los sitiados (13 de junio); daños causados por la artillería francesa; toma de los bastiones n.º 6 y n.º 7 (21 de junio).—A pesar de estas ventajas, revélanse algunos temores; dificultades para llevar á buen término las operaciones del sitio; diversas causas de preocupaciones; los informes llegados de Roma demuestran la situación crítica de los sitiados y hacen renacer la esperanza de una pronta solución.—Combate de artillería (27 y 28 de junio).—Toma del bastión n.º 8 (30 de junio).—Imposibilidad para los sitiados de continuar la resistencia; sesión de la Asamblea constituyente romana; los delegados del Municipio romano en el campamento francés; primeras negociaciones entre ellos y el general Oudinot (3 de julio).—La noticia de la terminación del sitio es anunciada á París; impresiones en el partido demagógico, en el partido del orden y en el seno del gobierno.—Causas que retrasaron el desenlace: error general que, desde el principio hasta el fin, pesó sobre la expedición.
- VII.—Los franceses en Roma: medidas de policía y de seguridad; clubs; prensa; decisión respecto á las tropas romanas y legiones extranjeras; organización municipal.—Comisión nombrada para evaluar los daños causados á los monumentos por el sitio; el informe de esta comisión responde victoriosamente á las calumnias acreditadas por los cónsules extranjeros ó por la prensa radical.—Admirable disciplina de las tropas francesas; su moderación en la victoria.
- VIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Restauración del poder pontificio; el coronel Niel en Gaeta; lenguaje reservado del gobierno francés.—Hasta el 14 de julio el general Oudinot no anuncia el restablecimiento del Padre Santo; fiesta del 15 de julio: felices disposiciones de la mayoría de la población romana; una sola cosa faltaba en aquella fiesta y era la presencia del Papa.—El Papa nombra una comisión de tres cardenales para administrar en su ausencia; llegada de los cardenales á Roma; sus proclamas; sus decretos intempestivos y torpes; lamentable efecto producido en la población romana, en el ejército y en el gobierno franceses; el general Oudinot reemplazado por el general Rostolán.—La diplomacia francesa en Gaeta: las tres evoluciones de la corte de Gaeta: á fines de junio, el Papa parece dispuesto á no conceder á sus súbditos más que instituciones consultivas; el Sr. de Corcelles, el Sr. de Rayneval, sus conferencias con el Soberano Pontífice: sus esfuerzos para salvar algunos restos liberales del naufragio de 1848; nota del 19 de agosto.
- IX (*Extracto del texto de La Gorce*).—Sentimientos personales del presidente de la República en la cuestión romana: su conferencia, á principios de junio de 1849, con el Sr. de Corcelles que marchaba á Roma; su irritación creciente contra el gobierno pontificio; frase de Molé.—*Carta á Edgar Ney*: de cómo es comunicada al consejo de ministros; Tocqueville y Falloux; publicidad dada á dicha carta contra lo que esperaba el gabinete.—Texto de la carta; su carácter.—Efecto producido en Francia, en los países extranjeros y en la corte de Gaeta.—Cruelles apuros de los plenipotenciarios franceses acreditados cerca del Padre Santo: Corcelles, secundado por Rayneval, presta un memorable servicio á la causa de la paz religiosa.—Sus esfuerzos, primero en Roma para im-

- pedir la publicación oficial de la carta á Edgar Ney; segundo en París, para calmar las susceptibilidades del gobierno francés, y tercero cerca del Papa, para adelantar la publicación del edicto de las reformas.—Aparición del *Motu proprio*.
- X.—El *Motu proprio*: su carácter; franquicias comunales y provinciales; instituciones consultivas. Decreto de amnistía que acompaña al *Motu proprio*: deplorable redacción y aparente dureza de este último decreto.—Los actos pontificios apreciados en Francia y en el extranjero: cólera ó desdén de los demagogos; decepción de ciertos conservadores.—Los plenipotenciarios franceses cerca del Papa; sus esfuerzos para ampliar las concesiones del *Motu proprio* y enmendar la amnistía. Por lo que toca á la amnistía, su éxito es completo.—La reflexión conduce á una apreciación más benévola de los actos del Padre Santo.
- XI.—Reunión de la Asamblea legislativa: demanda de créditos para la expedición romana; esto da ocasión á los representantes para formular un juicio solemne sobre la política del gobierno francés en Italia.—Comisión nombrada: Thiers designado como ponente.—Su dictamen: aprobación casi completa del *Motu proprio*; se hace caso omiso de la carta á Edgar Ney.—Discusión política; nueva carta del presidente de la República; incidente evitado; discurso de Odilón Barrot: de qué manera procura conciliar la carta á Edgar Ney con el *Motu proprio*.—Crédito votado.
- XII.—Situación de Italia á fines de 1849.—Nápoles, Florencia, los ducados, Milán y Venecia.—Roma; ésta recobra, á poca diferencia, su fisonomía de antes; el gobierno de Pío IX.—La tranquilidad, en Italia, es más aparente que real: aspiraciones persistentes hacia un estado nuevo.—El Piamonte se dispone á aprovecharse de esta disposición de los ánimos; funerales de Carlos Alberto; los de Máximo d'Azeglio; Camilo de Cavour. Francia é Italia: las enseñanzas de 1848 y 1849 fueron infructuosas para los franceses.

I

El 29 de mayo, el gobierno francés había enviado al general Oudinot la orden de romper las hostilidades. El 1.º de junio, el general en jefe, por medio de una proclama dirigida á las tropas, les comunicó la expiración de la tregua. Lesseps, desautorizado, acababa de marchar para Francia. Después de tantos aplazamientos, después de tantas negociaciones infructuosas, había llegado la hora de la acción.

¿Cuáles eran, en aquel momento decisivo, las fuerzas y situación respectivas de ambos ejércitos?

El cuerpo expedicionario francés comprendía veintitún batallones de infantería y dos regimientos de caballería, formando un total numérico de veinte mil y pico de hombres, repartidos en tres divisiones mandadas por los generales Regnaud de Saint-Jean d'Angely, Rostolán y Gueswiller. Había que añadir á dicho efectivo tres compañías de ingenieros, cinco baterías de artillería de campaña, y una compañía del tren de los parques. Más tarde fueron enviadas de Tolón y desembarcadas en Civita-Vecchia cinco baterías rodadas, tres compañías de zapadores, una compañía de pontoneros y media compañía de gastadores (1). El general de ingenieros Vaillant y el general de artillería Thiry fueron encargados del mando de aquellas tropas especiales. El gran parque de artillería se había establecido en Santa Passera, á dos kilómetros y medio de la plaza; allí fué reunido, á fines de mayo, el primer equipaje de sitio, por cierto muy insuficiente; porque en Francia se acostumbraron muy poco á poco á la perspectiva de un ataque á viva fuerza, y tardaron mucho en enviar, en pequeñas remesas y como de mala gana, los refuerzos necesarios.

El ejército francés había conservado, á poca diferencia, las posiciones tomadas el 30 de abril, á su llegada por primera vez ante los muros de Roma. Estaba escalonado el Oeste de la ciudad, en la margen derecha del Tíber, á dos ó tres kilómetros del recinto fortificado. Las divisiones Regnaud de Saint-Jean d'Angely y Rostolán se extendían de Sur á Norte desde Santa Passera hasta Santucci y hasta cerca de la *villa Pamphili*. La división Gueswiller se hallaba establecida más al Norte, parte en la *Casa Maffei* y parte en el *Monte Mario*, que había sido ocupado en la noche del 30 al 31 de mayo. Esta línea era demasiado extensa, relati-

(1) Vaillant, *Siège de Rome*, págs. 15 á 18 y 175.

vamente al número de soldados; pero este inconveniente no se dejaba sentir mucho, pues se tenía la seguridad de que los romanos no serían tan temerarios que tomasen la ofensiva. En la margen izquierda, los franceses no ocupaban más que un punto: éste era la iglesia y el convento de *San Paolo*, al Sudoeste de la ciudad, y á dos kilómetros de la puerta del mismo nombre.

Así distribuídas, hacía tiempo que aquellas tropas permanecían en la inacción, soportando con impaciencia su inmovilidad. Si bien la causa que iban á defender no encontraba en todas las filas iguales simpatías, había un sentimiento que dominaba á todos los demás, y era el deseo de vengar con una brillante victoria el descalabro del 30 de abril. La proximidad de la estación de las fiebres hacía temer, además, que la inacción fuese más mortífera que el combate. Bajo el imperio de tales impresiones, todo el mundo deseaba un pronto desenlace.

Tales eran, en 1.º de junio, la fuerza numérica, la posición y las disposiciones morales del cuerpo expedicionario francés.

En cuanto á los defensores de Roma, su número había aumentado mucho, pero su espíritu había perdido fuerza. La guardia cívica contaba al menos doce mil hombres, pero, reclutada principalmente entre tenderos y la clase media, abrigaba secretas simpatías por el poder derrocado; poco antes había aclamado las reformas más quiméricas; pero la escasez de numerario, el paro súbito de las transacciones comerciales, la ausencia de turistas, el despotismo revolucionario tan diferente de la paternal dominación de los papas, todas estas circunstancias habían despertado en los ánimos sentimientos que sólo el miedo impedía formular en voz alta; esta milicia urbana había manifestado el deseo de no ser empleada más que en la policía interior de la ciudad; y en efecto, únicamente se movilizó una pequeña parte. Al lado de la guardia cívica había los antiguos cuerpos pontificios y los regimientos romanos de nueva formación que alcanzaban un efectivo total de diez á doce mil hombres; al principio, estas tropas habían manifestado disposiciones poco belicosas; pero, una vez entablada la lucha, el amor propio se había exaltado, y se tenía empeño en hacer frente á los franceses; de ahí un cambio que hacía presagiar una resistencia bastante viva. A estas tropas de origen romano había que añadir ocho ó diez mil soldados extranjeros: los cazadores lombardos de *Manara*; la *legión de Bolonia*; la división

Arcioni, principalmente compuesta de piamonteses; la legión polonesa; la legión y los lanceros de Garibaldi, y algunos franceses extraviados que la pasión revolucionaria exaltada hasta el fanatismo impulsaba contra sus compatriotas. Estos aventureros, italianos ó cosmopolitas, componían la verdadera fuerza de la defensa. Retirados á Roma como última plaza de refugio, sin nada que perder é indiferentes á las destrucciones que un sitio puede ocasionar, jugando la última carta de la revolución contra el orden, no tenía más deseo que prolongar la lucha y señalarse por alguna suprema locura.

Las largas negociaciones de los últimos meses habían permitido á los romanos y sobre todo á sus comprometedores aliados estudiar con detenimiento y fortificar su campo de batalla.

Roma se halla asentada á orillas del Tíber, que la atraviesa de Norte á Sur y la divide en dos partes desiguales. En la orilla izquierda se ha construído la *ciudad moderna*, cortada por el Corso, y que se extiende por la llanura y por las laderas del Pincio y del Quirinal, desde la puerta del Pueblo hasta el Capitolio. En la misma orilla, pero más al Sur, se extiende también la antigua *Roma de los Césares*, inmenso espacio cortado por valles y colinas, poco habitado, á no ser por los frailes de varios conventos, y sembrado de gigantescas ruinas que aparecen en medio de huertos y viñas. La orilla derecha comprende la *ciudad pontificia* propiamente dicha, mucho menos considerable en extensión; ésta se divide en dos barrios muy distintos: la ciudad leonina, que describe al Noroeste una curva profunda á través de la campiña y abriga en su recinto la basílica de San Pedro y el Vaticano; el barrio Transtiberino, que se escalona en las vertientes y al pie del Janículo, barrio popular renombrado por la pureza de sus tipos, la originalidad de sus costumbres y sobre todo por su amor á los soberanos pontífices.

La vasta superficie de la ciudad de Roma no carecía de defensa. Estaba protegida por un recinto fortificado construído en el siglo III por el emperador Aureliano, murallas que rodeaban todos los barrios de la margen izquierda del Tíber y envolvían además en la margen derecha parte del Janículo. Urbano VIII había construído luego, en el siglo XVII, un recinto amurallado moderno, con baluartes y cortinas, á fin de poner á cubierto la ciudad leonina y todo el Janículo, es decir, los barrios menos antiguos que el recinto aureliano dejaba fuera de su trazado. Como puede imaginarse, dichas fortificaciones, que se remontaban á tantos siglos, se hallaban en malísimo estado. Durante el largo período de paz de que habían gozado los romanos bajo el reinado de sus últimos pontífices, no se había ejecutado ninguna obra de conservación. En algunos puntos, el recinto aureliano no difería mucho de las ruinas que estaba llamado á proteger. En las fortificaciones de Urbano VIII, algunos bastiones se habían convertido en jardines, y hasta se habían edificado casas, de modo que aquellas murallas, vistas de lejos, parecían más pintorescas de aspecto que eficaces desde el punto de vista militar.

Los romanos, y sobre todo los extranjeros que se habían apoderado de la ciudad con el pretexto de salvarla, no desesperaban de aquellos medios de defensa. Ar-

boles, jardines y casas, todo fué arrasado sin piedad. Todo lo que podía estorbar al fuego de la plaza ó servir de refugio al sitiador, fué destruído sin vacilación. Fueron almenados los muros y reparadas las brechas. Según dictamen de hombres competentes, se reconoció que el recinto de Urbano VIII podía ofrecer una sólida defensa; el aureliano, á pesar de los deterioros causados por los siglos, fué también considerado suficiente, si no para resistir un ataque serio, al menos para proteger contra una sorpresa. Los romanos disponían de más de cien piezas de artillería, de suerte que las murallas pudieron cubrirse de baterías. Además de aquellas defensas exteriores, construyéronse barricadas en el interior de la ciudad bajo la inspección de comisarios que estimulaban á los trabajadores, imprimiendo á los trabajos la regularidad necesaria.

Una vez resuelto el sitio, ¿por qué punto atacaría el ejército francés?

El recinto aureliano que protegía los barrios de la izquierda del Tíber no era, conforme hemos dicho, más que una simple muralla, muy deteriorada en ciertos puntos y flanqueada de torres de trecho en trecho. El recinto de Urbano VIII, que englobaba, en la margen derecha, el barrio Transtiberino y la ciudad leonina, era, por el contrario, una verdadera fortificación construída en el siglo XVII conforme á las reglas del arte. Parecía, pues, á primera vista, que se debía atacar el recinto aureliano, punto vulnerable de la plaza, y no el de Urbano VIII, más fácil de defender. Pero no opinó así el general Vaillant, jefe del Estado mayor de ingenieros. El 17 de mayo, poco tiempo después de su llegada al campamento francés, manifestó al ministro de la Guerra que si no era posible evitar el sitio, su intención era atacar por la parte más avanzada del Janículo. En un consejo de guerra celebrado el 30 de mayo fué aprobado este plan, y el 2 de junio adoptado definitivamente (1). Tres motivos principales parecían haber determinado esta resolución. El ataque no podía efectuarse contra el recinto de la margen izquierda sin que el ejército francés, acampado en la margen derecha, estableciese varios puentes sobre el Tíber, sin que se alejase de su base de operación y sin que desplegase en demasía sus líneas, ya tan extensas, cuando la debilidad numérica del cuerpo expedicionario podía hacer peligrosa aquella dispersión de fuerzas. Por otra parte, si bien era relativamente fácil practicar una brecha en el recinto aureliano, era de temer que, una vez forzada esta muralla, se encontrasen enfrente de una serie de barricadas que se extendiesen hasta el centro de la ciudad; de ahí una guerra de calles, mortífera, llena de sorpresas y fecunda, sobre todo, en destrucciones. Por el contrario, las fortificaciones de Urbano VIII se alzaban en la cresta del Janículo, es decir, sobre el punto más elevado de Roma; la victoria sería difícil y quizá costaría cara; pero, una vez forzado el recinto, se dominaría á la ciudad de tan alto y de tan cerca que toda resistencia ulterior sería imposible. Otra consideración primordial se unía á las expuestas. El barrio del Janículo era menos rico que los demás barrios de Roma en monumentos y objetos de arte; las operaciones del si-

(1) Partes del general Vaillant al ministro de la Guerra, 19 de mayo y 2 de junio de 1849 (*Siège de Rome*, págs. 182 y 183).

tio y, en caso de suprema necesidad, el bombardeo habían de ocasionar por este sitio menos ruinas que si se efectuaban contra otros puntos más débiles; y la principal preocupación del gobierno francés consistía en evitar á la capital del mundo cristiano la pérdida de sus tesoros artísticos ó el deterioro de sus edificios. Noble preocupación que poco importaba á los demagogos instalados en Roma. Estos no hablaban más que de saquearlo todo, so pretexto de defensa; y esta sola diferencia hubiera bastado para demostrar á los romanos dónde estaban sus verdaderos amigos.

Resolvióse, pues, dirigir el ataque contra las murallas del Janículo entre la puerta Portese y la puerta de San Pancracio. Pero por este lado el enemigo ocupaba todavía en la proximidad de la plaza la *villa Pamphili*, el convento de San Pancracio y otros edificios, tales como las *villas Corsini* y *Valentini*; antes de empezar las operaciones regulares del sitio, había que desalojarlo de estas posiciones. El primer esfuerzo del ejército francés le hizo dueño de estos puntos avanzados.

El 3 de junio, á las dos y media de la madrugada, dos columnas, mandadas la una por el general Mollière y la otra por el general Levaillant, se dirigieron contra la *villa Pamphili*, vasta posesión rodeada de tapias, guardada por numerosos destacamentos enemigos y cortada interiormente por sólidas barricadas. El general Mollière había de atacar por el Sur y el general Levaillant por el Oeste. Un reconocimiento practicado el día antes por un oficial de ingenieros, había permitido cerciorarse de que en la tapia, á pesar de su elevación y de su espesura, podían abrirse fácilmente varias brechas con barrenos; habíanse observado además varias aberturas para la salida de las aguas, aberturas cuyas rejas podían ser arrancadas con facilidad y facilitar el paso á los soldados. A las cuatro, una compañía de zapadores de la brigada Mollière había conseguido practicar una brecha. Casi al mismo tiempo fué arrancada la reja de un acueducto. La brigada Levaillant, después de haberse corrido á lo largo de la tapia occidental del huerto, había encontrado una puerta abierta y entrado sin la menor dificultad. Las dos columnas se reunieron cerca del pabellón principal. El enemigo, sumamente sorprendido por la rapidez de la acción, apenas opuso resistencia. Doscientos hombres cayeron prisioneros, y los franceses se apoderaron además de una caja de municiones y tres banderas.

Las conquistas que siguieron fueron más dificultosas. Tomada la *villa Pamphili*, los sitiadores se dirigieron hacia el convento de San Pancracio. Los romanos, vueltos de su primer estupor, opusieron á los franceses una tenaz resistencia. Sólo al cabo de dos horas de mortífera lucha cayó esta posición en manos de los sitiadores. Acercándose cada vez más á la ciudad, las tropas francesas se dirigieron entonces hacia el castillo Corsini y la *villa Valentini*. Aquí también, el combate duró mucho con alternativas diversas. Estos dos edificios, puestos avanzados de los sitiados, fueron tomados, perdidos y vueltos á tomar sucesivamente por los batallones franceses y la legión de Garibaldi. Por último quedaron en poder de los sitiadores, pero casi enteramente destruidos. Batiéronse todo el día, y hasta durante la noche, y el día siguiente hubo varios movimientos ofensivos del enemigo.

Las legiones romanas ó extranjeras que al mando de Garibaldi habían sostenido con valentía el choque de los franceses, dejaron en el campo de combate un número considerable de muertos. Las pérdidas de los franceses fueron sensibles: 14 muertos y 229 heridos (1). Pero se había obtenido el resultado que se habían propuesto los franceses. Todo el terreno en que había de practicarse la trinchera se hallaba en posesión de los sitiadores; sus adversarios eran alejados de casi todos los puestos avanzados que poseían fuera del recinto fortificado. Y no era esto todo. Mientras las brigadas Levaillant y Mollière sostenían la lucha que acabamos de referir, una de las brigadas de la división Greswiler, acampada en el Noroeste de la ciudad, se había apoderado del *Ponte Molle*, situado sobre el alto Tiber, á dos kilómetros del punto en que el río penetra en la ciudad. Las tropas francesas ocupaban, pues, en torno de Roma un vasto semicírculo que al Sur tocaba en San Pablo de extramuros por el puente de Santa Passera, y que al Norte, por el *Ponte Molle*, amenazaba casi la puerta del Pueblo. A estas ventajas materiales obtenidas por las armas francesas se unía una ventaja moral no menos apreciable. Hasta entonces los romanos, ilusionados por largas negociaciones, habían podido creer que la hora de las hostilidades no llegaría nunca. El combate del 3 de junio acababa de quitarles aquella esperanza.

Sin embargo, algunos de los jefes de la República romana esperaban todavía que una revolución demagógica estallaríase en Francia y detendría las operaciones militares en el momento del éxito decisivo. No se equivocaban del todo en sus cálculos. Tenían en Francia aliados ó más bien cómplices, y la suerte de Roma iba á decidirse en las calles de París.

II

A pesar de algunos éxitos parciales, el partido demagógico había sido derrotado en las elecciones del 13 de mayo, y desde entonces, desesperando de triunfar por las vías legales, había vuelto inmediatamente á sus tradicionales prácticas. Fomentar una insurrección, purificar la Asamblea legislativa, decretar la acusación del presidente de la República y transformar la Montaña en Convención tal fué el fin que persiguió en lo sucesivo.

Este partido era suficientemente poderoso para que tamaña empresa no pareciera imposible. El antiguo comité *democrático socialista*, constituido para fines electorales, habíase perpetuado con el nombre de comité de los *veinticinco* y bajo la dirección de un tal Servient trabajaba con ardor extraordinario para reclutar adeptos. Los periódicos demagógicos eran numerosos: había la *Vraie République* de Thoré, la *Révolution démocratique et sociale* de Delescluze, la *Réforme* de Ribeyrolles, el *Peuple* de Langlois y Damirón, la *Démocratie pacifique*

(1) Vaillant, *Siege de Rome*, pág. 33. El general Oudinot, en su parte al ministro de la Guerra, no habla más que de sesenta y cinco heridos; pero este parte, redactado en la mañana del 4 de junio, apenas terminada la acción, no debió dar sino datos incompletos. Hemos creído oportuno reproducir la cifra declarada por el general Vaillant, cuya relación, publicada mucho tiempo después de los acontecimientos, da á la situación del autor un carácter casi oficial.

de *Considerant* y el *Travail affranchi* de Toussenet. Estos periódicos no vacilaban en negar los derechos de la Asamblea: «Que se den por enterados los 450 blancos que acaban de entrar en la Asamblea legislativa, decía el *Peuple* de 20 de mayo: no será la mayoría parlamentaria la que gobierne, sino la minoría, única representación posible de la mayoría republicana y socialista.» Para obrar más de acuerdo, los delegados de la prensa republicana se reunían frecuentemente ora en la calle de Coq-Heron, ora en la de Beaune, en las oficinas de la *Démocratie pacifique*. Finalmente, los diputados de la Montaña, reducidos al estado de minoría, pero estrechamente unidos unos á otros, veían con agrado los proyectos de bullanga aunque sin atreverse á aprobarlos de una manera franca; y fuera de las reuniones parlamentarias celebraban por la noche frecuentes conciliábulos en la casa número 6 de la calle del *Hasard*, en un piso alquilado por uno de ellos, por el representante Gambón.

Si por una parte estaba dispuesto el estado mayor insurreccional, por otra se contaba con que no faltarían los combatientes, y como Ledru-Rollín había sido elegido en París por 129.000 votos, calculábase que esta cifra representaba aproximadamente el número de republicanos demócratas sistemáticamente hostiles á la Asamblea. Además, sabíase que en la guardia nacional, en las legiones quinta y sexta, lo propio que en la legión de artillería, había muchos elementos dudosos; computábanse también los votos del ejército, pensando en los dos sargentos, Boichot y Rattier, recientemente elegidos en la capital; se recordaba la activa propaganda hecha en los cuarteles y se decía que, según todas las probabilidades, no dejarían de producirse en los regimientos numerosas defecciones.

Preparada así la sedición, sólo faltaba un pretexto que pudiera justificarla aparentemente.

Tal era la situación cuando se tuvo noticia de haberse reanudado las hostilidades contra Roma y del combate del 3 de junio. Inmediatamente el partido demagógico se deshizo en quejas de indignación: en 9 de junio, en el club de la sala Roysin, un voto unánime condenó el *asesinato de la República romana*, y al día siguiente, en un banquete de los demócratas socialistas del Alto Rhin, Luis Bonaparte y sus ministros fueron acusados de traidores á la nación. El mismo día, doscientos cincuenta guardias nacionales de la legión quinta presentáronse, á modo de diputación, en el domicilio de su teniente coronel gritando: «¡Viva la República romana!» La *Vraie République* no vacilaba en declarar que la patria estaba en peligro; la *Sociedad de los derechos del hombre* se constituía en sesión permanente, y el *Comité de los veinticinco* publicaba un manifiesto dirigido á la Asamblea legislativa y denunciaba la expedición romana como contraria al artículo quinto de la Constitución. Para atraerse con más seguridad á las masas, poníase en duda la sinceridad de los despachos oficiales, y se decía que el ejército francés no había obtenido delante de los muros de Roma una victoria, sino que, por el contrario, había sufrido una derrota, distribuyéndose profusamente para acreditar estos rumores supuestas correspondencias llegadas de Marsella ó tomadas de los periódicos italianos. La República romana, como en el año anterior la Polonia, iba á ser explotada

en provecho de la demagogia, y aunque el pretexto estaba hábilmente escogido porque la clase media parisiense, imbuída en prejuicios antirreligiosos, veía con malos ojos nuestra tentativa de restauración pontificia, no calculaban los revolucionarios que esa misma clase media, asaz indiferente á la suerte del papa, no mostraba tanta indiferencia cuando se trataba de la seguridad de sus tiendas; y si bien con su habitual inconsecuencia había hecho entrar en la Asamblea á Ledru-Rollín, había sufrido demasiado por espacio de un año las consecuencias de las revoluciones para no sentir hacia ellas fatiga y repugnancia.

A los representantes de la Montaña correspondía dar la señal de la acción. En 11 de junio, Ledru-Rollín subió á la tribuna para interpelar al gabinete sobre los asuntos romanos: «Hay momentos supremos, dijo, en que las frases son inútiles, y ahora nos encontramos en uno de estos momentos. El 3 de junio ha sido atacada Roma y ha corrido sangre romana y francesa. Si hemos de dar crédito á las correspondencias particulares, nuestras tropas han sido rechazadas... Dos palabras bastan para caracterizar esta situación... Es cierto que en tiempo de la Constituyente prometimos á Roma respetar su independencia; es cierto que por la Constitución hemos declarado que jamás atentaremos contra la nacionalidad de ningún pueblo; es cierto que por la votación de 7 de mayo la Asamblea constituyente declaró que la expedición á Italia no podría ser desviada por más tiempo del objetivo que le había sido señalado... Pues bien, el gobierno ha violado á la vez la declaración de la Asamblea constituyente, el texto de la Constitución y la orden del día de 7 de mayo.» Ledru-Rollín terminó su discurso presentando á la mesa un documento de acusación contra el ministerio.

Tan vigoroso y solemne ataque exigía una respuesta del presidente del Consejo, y en efecto, M. Barrot ocupó la tribuna, y después de protestar contra las supuestas derrotas que se imputaban á nuestras armas, recordó, no sin cierta ironía, que por tercera vez se veía objeto de una acusación por parte de M. Ledru-Rollín. Luego hizo nuevamente la historia de la cuestión romana: «Hemos querido, dijo, impedir la acción de Austria; de no haber intervenido nosotros, Roma, lo mismo que las Dos Sicilias y lo mismo que la Lombardía, habría sido presa de violentas reacciones; las hostilidades no se han roto hasta que se ha agotado la vía de las negociaciones y hoy defendemos los intereses de los romanos mejor que los revolucionarios que los comprometen ó les oprimen.»

Hasta entonces la sesión había sido tumultuosa, pero no violenta; mas Ledru-Rollín se encargó de pronunciar la palabra que sus amigos esperaban. M. Barrot había insinuado que la demanda de acusación iba dirigida contra la mayoría de la Asamblea y que la extrema izquierda trataba de acumular á la lucha legal la sedición: «Os veo muy temerario, replicó M. Ledru-Rollín, os veo muy temerario, hablando de esta suerte después que habéis violado la Constitución.» Y luego, redoblando intencionadamente sus provocaciones, añadió: «La Constitución ha sido violada y nosotros la defenderemos por todos los medios posibles, incluso *por medio de las armas*.»

La palabra fatal había sido pronunciada. La derecha se alzó ardiendo en indignación, mientras los Montañe-